

Aún no ha ascendido a hombre  
el animal, pero sí ha descendido  
hasta animal el hombre.

Aún hay «albañiles que se caen  
del techo y mueren y no almuerzan»,  
pordioseros «que extraen un piojo de su axila»  
y tiburones del Océano Glacial Metálico.  
La vida sigue siendo «imparcialmente horrible»,  
«Hay, hermano, muchísimo que hacer».

Que tu espíritu tanto,  
en forma de vilano inverosímil,  
ilumine las lúgubres cabezas  
y anuncie la resurrección del hombre  
o lo cree, por fin.

Meliano Peraile

## Ágape asolasiático

*(como tu vuelo, César, convidado)*

«Hoy es domingo y esto  
tiene muchos siglos»  
y una copa de altura  
donde disuelvo el mar de una aspirina  
y henos aquí vencidos,  
congregados,  
dispuestos a comernos  
el mundo y sus mentiras merengadas..

No hay bendición que valga  
Hemos venido  
casi todos:  
tu burro peruano,  
tu padre y Aguedita y Nativa y Miguel,  
la risa de tu «andina de junco y capulí»,  
y un rey póstumo y flaco, coronado de canas,  
con su familia grande (hablan de ti

como si de una aldea íntima te tratases),  
un mantel huaco y una flor de frío...

No hay bendición.

Podemos comenzar...

Para poder o no partir el pan  
más que cuchillo o gana necesito  
tu voz de águila o agua, César, sabio,  
tu aliento yaraví...

La noche como leche desolada.  
Abrimos el balcón, «ya que los ojos  
poseen, independientemente de uno, sus pobreza,  
quiero decir, su oficio...»,

y entraste tú volando,  
cóndor cándido y viudo, una palabra  
de pan bueno en el pico, cordilleras  
fruncidas en tu ceño,

cenizas imperiales,  
tristeando tragabas «los lloros inexactos»,  
el huso de tu voz y de tu vuelo  
hilaba, devanaba los sesos del idioma...

No supimos qué hacer con tanto hueco...

Héroe tendido, huérfano, adjetivo,  
viniste de más alto,

de más lejos,  
y llegaste tan hondo, tan párpado piadoso,  
tan aquí que, sin duda,

«si algo tienes de lejos seré yo»...

A los postres llamaron a la puerta.  
Que «tocan a la puerta — dijo toda mi madre.»  
Saliste a ver y era la muerte enferma  
con su bufanda de lana de llama  
y una copa de altura:

— Soy el cuando  
de todos los domingos y de todos los siglos...

Y César, abrochándose los dedos,  
tosió un poquito,

la miró a los ojos,  
y le dijo dispuesto:

«¿di, mamá?».

Y se fueron tranquilos, abrazados, asiáticos,  
por el llano sembrado de húmeros y homenajes,  
mientras en el hogar seguía ardiendo el fuego  
y lloraba «en las tejas un pájaro salvaje».

Juan Vicente Piqueras

## Heraldos aún más negros

Siguen  
los heraldos  
negros acosando las patrias  
ya repletas de ira.  
Aterradas imágenes dejan  
sucios besos de muerte  
en las playas ahitas de un tan largo invierno  
y nulas primaveras.  
Mientras unas naciones  
al fin se desperezan y contemplan sus flores  
en medio de los campos  
otras tristes histerias se agazapan y gritan  
en la ciénaga inmensa de montes, árboles, lagos,  
vientos, cordilleras.  
Los nombres inmortales de la América hispana  
se adormecen llorando ante uniformes verdes  
e infrahumanas bestias.  
Ya no es España, César,  
la que sufre los odios y se llena de guerra  
sino otras patrias nuestras que renacer  
quisieran.  
Pero que no renacen porque sobre sus tumbas  
persiste el odio infame,  
se alza la ceguera.  
Ya se elevan los cantos hacia el azul del cielo  
de los chilenos hijos  
implorando una historia de paz y de clemencia  
solamente un rincón

para llorar a aquellos  
que una bala asesina convirtió en simple número  
de violencia vital.

Pobres llamabas tú, César Vallejo amigo,  
a quienes soportaban esos golpes tan fuertes  
de la existencia toda: pobres son hoy también  
quienes no tienen casa,  
ni libertad ni poncho en que sufrir su pena.  
Nómadas son, no menos, de esa leyenda ambigua  
de una extensa violencia que tal vez nunca, nunca,  
les permita vivir.

Son esas geografías de Paraguay  
tan lamentables, grises,  
o tus propios hermanos del Perú democrático  
aún con hambre y con frío  
o esos salvadoreños persiguiendo en las selvas  
a sus propios hermanos  
o los indios misquitos incomprendidos, yertos,  
o cárceles cubanas frente a mares tan largos  
o australes malvinas aún colonizadas:  
una explosión de llanto en todo el Continente  
inundado de lágrimas.

Y el difícil trabajo  
de construir los campos que las armas arrasan,  
por un lado los yanquis por el otro  
las mafias.  
Tú nos dijiste, César, que «la espiga será  
por fin espiga». ¿Cuándo —nos preguntamos—  
será la espiga espiga  
en los campos hoy muertos de esa Nicaragua,  
junto a las autopistas  
de la isla de Granada,  
en medio del silencio tantas veces gritado  
de Haití, de Bolivia, de esa Pampa Argentina  
que de nuevo comienza a despertar de aquellas  
tan intensas jornadas de violencia y de pánico?  
Antes de que los hombres  
lleguen a ser aquellos  
«fabulosos mendigos» de que también hablabas  
se hace preciso hallar las soluciones justas  
para colgar las armas en Colombia,  
para matar los miedos en Santiago de Chile,  
para reconstruir la antes bella Managua,  
para dar dignidad a los ecuatorianos,  
para borrar miserias en Brasil, en Honduras,

o para conseguir que Puerto Rico al fin  
 vuelva al concierto libre de naciones hispanas.  
 No hace falta ni oro ni elocuentes discursos  
 para apartar los cálices de la inmensa amargura  
 que nos embarga siempre que vibra la violencia.  
 Sólo quebrar discordias,  
 llevar paz a las playas  
 y esperar que se acaben los negros funerales  
 sobre las patrias vírgenes  
 que inmortales resurjan a iniciar el diálogo.  
 Fuera los uniformes, las violencias, los ayes,  
 que heraldos negros nunca  
 se encrespen acechando  
 sobre las tierras, ríos, de la América hispana.

Manuel Quiroga Clérigo

## Señal y fe de un conocimiento indeleble

ALLÁ por los años cincuenta y últimos del siglo que fenece,  
 cuando más frecuentaba tabancos y bibliotecas  
 y me creía un simposio entero  
 a la búsqueda audaz de algún destino liberador y rutilante,  
 un tal Simón Latino me presentó en mi casa desde las américas  
 a quien parecía ser la esencia de un hombre cuajando su pabulo.  
 Era de Picasso su retrato y yo no había visto antes un perfil tan  
 peñasco y melodía.  
 Venía en un endeble cuadernillo, pero tenía voz de sobra para  
 herrarme el pecho.  
 Le estuve vigilando las palabras todo el invierno por los rumbos y  
 rincones  
 donde circulaba o se conmovía la tragirrabia de mi alma apetente,  
 como una angustia más de las tantas que arrastraba sin misericordia.  
 Luego empecé a verle el jeroglífico de su dinastía y la riqueza de su  
 pobreza trinitaria;  
 y resistíame a su dolor para no multiplicar mi creencia tropel  
 en los cuchillos y avisperos, en los fuertes golpes de la vida hecha  
 estatua.

Pero repetía con él: «Hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe...»

Aunque lo intentaba olvidar para que no me hiriera tanto con su pan al hombro.

Y fue imposible que no me taladrara de sobaco a sobaco con su telemetría de indio y mártir.

Al llegar la primavera con sus cales y macedonias continuó sobre la mesa abierto como un misal en volandas.

Me acostumbré a su son de nido en entraña: permanece —cuerda y timbal—, no tiene lado ni vacío.

Por eso sé en qué pico del ánimo lo llevo sosteniendo su espíritu y dónde lo encuentro trasteando con la lengua,

cada vez que llueve y no tengo el paraguas de cogijar la tristura.

Entonces se acerca tiritando y huérfano, apretando sus poemas con un alicate.

Es cuestión de nombrarlo, de decir César Vallejo, para que se configure un alivio en la enfermedad de Dios.

**Manuel Ríos Ruiz**

## Ante Vallejo

Parecen las palabras entidades morales  
 cuando cruzan el texto  
 con ese aire de calle en tarde de domingo.  
 Parece que están solas pero están más que solas  
 Hay en ellas un hueco por donde se va el mundo  
 hacia los otros mundos,  
 y en un espacio negro detrás de las palabras  
 se hace la luz y gime el horizonte.  
 Tras un dolor oscuro que penetra en el verso  
 surge la muerte como un jueves  
 y en el momento que la dices ocurre  
 desparramándose en la página.  
 Cuando la nombras vive muerta,  
 cuando la vives muere el nombre  
 con el que siempre fue reconocida.  
 Renace la emoción y es el lenguaje.

**José Ramón Ripoll**

## Vallejo

... véíase, a intervalos,  
dibujarse rígida  
la sombra de un cuerpo.

G.A.B.

La vela del entierro de Vallejo.  
Vallejo, el que enterrado fue a dos velas,  
en sepelio velado. Allí Vallejo  
inhumándose vivo. En su descargo,  
perfectamente muertos  
Vallejo y sus bacilos.  
Ya se apagó su vela.  
Ya se esfumó su entierro.  
Ya se calló Vallejo,  
el pobre. Le habían dado  
de firme las palabras  
con sus palitos  
gordos, extravertidos, presintácticos.  
Lo liberaron de su entierro...  
Sin vela ya Vallejo  
de desesperación.

Mariano Roldán

### Palabras a César Vallejo

(1967)

Si por primera vez pudiéramos perdernos  
en la poesía, entre sus bosques mágicos y oscuros,  
como en la infancia nos perdimos, sonaría vibrante,  
pese a todo, un violín triste y peruano:  
tu verso, tu palabra.  
Y si después sobreviviéramos  
a tanta maravilla de alborada,

¿quién sino tú, maestro y compañero,  
quién iba a destruir la sintaxis mezquina,  
el ritmo acostumbrado, para dar libertad a los sollozos,  
dar a la ira un tiempo brusco  
y lentitud a la melancolía?

Precisamente por haber estado  
solos, de cara a la pared injustamente,  
pudimos ver que habitaba en nosotros  
no la resignación, la rebeldía.  
Porque cuando el dolor tiene causas concretas, creadas por los hombres  
a semejanza de su iniquidad, cuando se sabe  
que hay soluciones justas, decisivas,  
nuestra protesta debe  
quedar en pie, colectiva y perpetua,  
al nivel de la tierra combatiente.  
Y es esto mismo lo que agradecemos  
en tu poesía: el gesto  
de hombre rebelde ante la larga noche.

Hoy mismo, en estos años españoles  
de infamia y de mentira,  
desde esta situación insolidaria,  
te escuchamos a fondo, nos sirven tus palabras, están cerca,  
y aunque a tu muerte muchas cosas sucumbieron  
aquí, entre las más duras alambradas,  
sabrás que no nos han vencido: mata el fusil,  
las cárceles se llenan de hombres heroicos, pero  
no pueden con nosotros. Dormidos, despeñados en la noche,  
quién sabe hasta qué punto laboramos a oscuras  
por una patria sin murallas.

**Carlos Sahagún**

## Palais Royal

PUES aún tardan brujerías y encantamientos,  
 leyendas y oscuras querellas,  
 y la fiebre, y el mutismo, y el recuento  
 final de un cortejo de sombras y sueños malogrados,  
 y la última Ronda del Palais Royal  
 no es todavía más que un salón helado  
 de pasos perdidos y agobiados,  
 unas arquerías en las que escamotearse  
 como un paseante cualquiera,  
 solitario y ocioso en la atardecida,  
 y dejar, por unos instantes, de ser un perseguido,  
 un hombre pobre acosado por una cita inaplazable.  
 Pues aún hay un instante breve de reposo,  
 una duermevela, tal vez en esa pieza recóndita  
 del Café de la Regencia,  
 donde el polvo simula nubes o mapas de otras tierras.  
 Y la ciudad sigue siendo grande y lejana,  
 una vieja promesa de ventura con castaños frondosos,  
 aunque ya algo desvaída, triste, gastada,  
 como tu propia vida,  
 gris de lluvia al otro lado  
 del cristal de tu refugio: una silla y una mesa en un café;  
 o rumorosa de hojas secas en el Luxemburgo,  
 glacial en una esquina de la calle de la Luna  
 por donde desaparecieron amigos y sueños  
 de una vida mejor en otra parte, o ahí mismo,  
 que habías visto por un instante en su término.  
 Pues aún es tiempo de escribir:  
*Me gusta la vida enormemente.*

Miguel Sánchez-Ostiz